DISCURSO

DEL

MONUMENTO



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

DISCURSO DEL MONUMENTO



Editor: MAXIMINO GARCIA
SARANDÍ 477 - MONTEVIDEO
1923

Al Dott: Juan Zorilla di S. Martin
alla cui Opera grande m'inspirai pel modesto
mio lavoro! In segno di reverente omaggio
Roma, 2 luglio 1916
Angelo Zanelli

Al Doctor Juan Zorrilla de San Martín, en cuya grande obra me he inspirado para mi modesto trabajo. En prenda de homenaje reverente.

Roma 2 de Julio de 1916.

Angelo Zanelli.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

DISCURSO DEL MONUMENTO

Pronunciado en la inauguración del erigido a Artigas
en Montevideo, el 28 de Febrero de 1923.

Editor:
MAXIMINO GARCIA
SARANDI 477 - MONTEVIDEO
1923

Ha sonado, por fin, señores, está sonando, entre las horas del tiempo, como un golpe en un escudo, la de la mañana en que tanto hemos pensado; la que anunciaron las generaciones pasadas; la que estaba reservada a la nuestra. Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de este sol. Y llenas de entusiasmo nuestras almas. *En theos,* decían los griegos, *un dios interior*...

En medio de los estrépitos, hagamos un momento de silencio, sin embargo, como esos que se forman entre dos ráfagas de viento... Os invito a hacerlo; a que entremos en nuestro interior, para oir lo que dicen las lejanías. Yo haré por que en mi mente se formen imágenes calladas; por que se formen en mi voz palabras silenciosas... Que solo el silencio es grande; es el estado divino, el eterno. Todo ruido es pasajero; no hagamos ruido; todo gesto es movedizo; quedémonos quietos, y escuchemos...

En silencio, como lo veis, dominando los ruidos y los gestos, ha salido de entre esas banderas, que han hecho paso a su autor, al reconocerlo, ese hombre colosal de bronce, que, desde lo alto de su caballo, mira los horizontes de la patria... y más allá.

Nunca mejor que ahora pudo decirse que lo bello es el esplendor de lo verdadero, señores; nunca mejor que ahora. Ese jinete se nos ha presentado con la dignidad de las cosas naturales; no la tienen las de artificio. Su cabeza descubierta, como la de un pájaro extraño posado en un peñón o en un escollo, sigue el movimiento del sol; gira lentamente tras lo invisible hecho visión... lentamente. *A lumine motus*, dice un reloj solar. Movido por la luz... Y su brazo conduce a su caballo, puesto al paso de una multitud invisible, que va a su lado, caminando a pie. Es el camino vivo, la tierra que anda.

Hemos hecho, señores, por fin, nuestra labor; llenado la misión que nos estaba reservada; hemos levantado el grande irreprochable monumento, sobre el alto promontorio, como lo quiso Homero, a fin de que sea visto desde lejos, desde la tierra y el mar, por los hombres que hoy viven, y por los hombres futuros...

Yo os hablo en nombre de la Comisión Nacional del Centenario de Las Piedras, que recibió hace tiempo el encargo de cumplir la ley que ordenó ese monumento. Los que hemos sido, pues, vuestros obreros obedientes, señores, os entregamos vuestra obra; os la entregamos los que hemos sacado de las canteras, rompiendo las durísimas entrañas de nuestra tierra, esos pedazos de mármol destinados a la cumbre; los que hemos fundido ese bronce, y lo hemos echado en el crisol, para

sacar de entre las escorias la forma divina que estaba escondida en él, y que el fuego ha revelado a la luz; los que hemos extraído, sobre todo, del fondo de vuestras entrañas, ¡oh hermanos en la patria!, de las tradiciones de nuestro país, esa verdad que, como una claridad que brota de su alma y hace transparente su envoltura, irradia de ese caballero magnífico, y que, como la forma de entre el humo y las escorias, ha brotado, desnuda y triunfante, de entre las confusiones y las contradicciones, las dudas y los quebrantos, las leyendas y los mitos; os la entregamos, por fin, los que, con palabras musicales, hemos despertado el dios interior en las entrañas del artista, a fin de que el espíritu habite siempre su obra, y jamás se retire de ese bronce dejándolo convertido en idolátrico emblema; a fin de que él pueda siempre ser golpeado, perforado, azotado por el granizo y hasta por el rayo, sin que pierda su contorno heroico, ni se apague el fuego que circula en sus entrañas: la verdad que lo alienta, y lo sostiene, y lo hace objeto de nuestro culto cívico.

Esa verdad de Artigas está descendiendo sobre vuestras cabezas, señores; estamos ante la verdad de Artigas, ante su estrella. Es de día. Se han ido las constelaciones, y ha quedado ese resplandor sobre la colina; *el lucero* le llaman nuestros paisanos campesinos; el astro grande que vela el sueño de las tardes; el que preside las auroras, sobre todo, el solitario. Sentimos el aire fresco de la mañana,

que nos da en la cara, con olor a pastos húmedos y a espinillos y a cardales en flor; llega hasta nosotros el vuelo de las torcaces, y los cantos de los horneros y de las calandrias, y los gritos del terutero vigilante, y las melodías no aprendidas de las guitarras, bajo la enramada, y las voces de mujeres desconocidas, que conocemos en el hablar. Y la de los niños, a la sombra de los ombúes. La naturaleza y el hombre... Es la patria alada que canta en su jaula; es la nuestra, la Patria Oriental, inconfundible y amable, que, desde el Cuareim al Plata, del Uruguay al Atlántico, nuestras divinas rejas, siente el estremecimiento de su pujante pubertad... ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Como ellas y con ellas, señores, como siente la naturaleza, sintamos nosotros, sin razonarla demasiado en este momento, la verdad de Artigas. No hemos venido a preguntarle su secreto, ni a darle la razón, ni a desagraviarlo, ni a pedirle nada. Hemos venido sólo a estar con él, porque queremos estar con él para estar con nosotros mismos, para no estar solos; a vivir con él en esta hora, en que. iluminados por la estrella, sentimos la plenitud de nuestra vida.

La hemos encontrado en él, efectivamente, señores; nos vemos, por fin, a nosotros mismos, casi con sorpresa, como si nos diéramos cuenta de una cosa que sólo sabíamos de memoria. Nos sentimos el alma· Vivir la plena vida es eso, no es otra cosa: sentirse el alma. Y el alma de los pueblos es

su historia, su abolengo. Hay pueblos *hijosdalgo*, de solar conocido. Leamos hoy de nuevo, a la luz de este sol de justicia, ¡oh hermanos en la Patria!, nuestra limpia ejecutoria.

Por ese Artigas, efectivamente, hemos llegado los orientales a la causa generatriz de nuestra vida colectiva, de nuestra patria uruguaya. La juzgamos grande, la más grande de todas (la sola del tamaño de nuestro corazón), porque por él podemos hacernos, sin incurrir en jactancia, la pregunta que debe proponerse todo pueblo para tener conciencia de sí mismo: ¿Ha tenido realmente mi patria una misión privativa y diferencial entre las demás? ¿Para qué ha servido? ¿Qué es lo que ha dado y puede dar a la civilización, a la libertad y al progreso humanos? ¿Qué habría habido de menos, si ella no hubiese existido?

Preguntémonos, señores, para dar relieve a nuestra grande afirmación, preguntémenos qué habría habido de menos en el mundo, si no hubiese ocurrido la independencia democrático-republicana de América, de todo el continente. Las contestaciones, como relámpagos, acuden a la memoria desde los cuatro vientos. Hoy, precisamente, las miradas del mundo, y también las esperanzas, están puestas en América. El mundo atribulado se refugia en la democracia de que América nació. Todo lo demás parece haberse derrumbado "a su propia pesadumbre."

Pero preguntémonos en seguida qué habría ha-

bido de menos en la independencia de América si ese Artigas no hubiese existido en la española, Artigas y su pueblo, Artigas y sus pueblos, mejor dicho, todos los que él acaudilló y animó de su espíritu, y creyeron en su palabra.

La contestación es menos perceptible, no hay duda; está menos hecha. Sólo suena con nitidez en nuestras entrañas. Pero es a eso a lo que está contestando esa estatua; a lo que seguirá contestando, si se la interroga con limpio corazón, cada vez más claro, hasta la evidencia, a medida que ese corcel de bronce vaya adelantando en la dirección que lleva, y haciendo oir el golpe de sus cascos sobre el suelo; a medida que se disipen las oscuridades, muchas de buena fe, que aún le cierran el camino...

Ese jinete no tiene prisa, como lo veis; nunca la ha tenido; no espolea su caballo; lo ha puesto al paso, al paso de la multitud invisible. Pero va seguro, impasible, en línea recta. Su misma cabalgadura parece sentir el relincho de otros caballos de bronce, que cruzan gloriosos el continente, y cuyos jinetes esperaban algo...

Lo esperaban a él, señores; lo han estado esperando hasta hoy.

Artigas es estrella de la gran constelación que llena nuestro celeste hemisferio austral; ha llegado más tarde, porque viene de más lejos, de la región más próxima a la de *las causas o las madres*. El es, entre sus iguales de América (y lo son todos

sus héroes), el más próximo al pensamiento arquitectónico; a la fuerza creadora que imprime su sello a la revolución del mundo nuevo.

El héroe representativo de ésta, no es el gran técnico militar, el ganador de batallas, el conquistador; los ha habido muy grandes, casi divinizados por eso, en la historia universal. Nó lo es tampoco el sabio; los ha habido muy grandes en los otros continentes. Lo que es privativo del nuestro, su gran descubrimiento, es el de la fuerza germinal depositada por la naturaleza en el pueblo, en la multitud inspirada en sí misma, *en su divino instinto.* Aquel será el héroe de América que más se acerque a la posesión de ese secreto. Todos sus próceres, si no lo poseyeron, lo entrevieron cuando menos, y por eso son grandes y son nuestros. Pero Artigas, señores... Artigas no vió otra cosa: eso es todo Artigas: la fe en el pueblo americano, en la materia cósmica, en el *sagrado fango* con que, según Esquilo, el rebelde Prometeo modelaba las estirpes, y con que América construyó su casa propia. Y eso es democracia; eso es la América a que hoy se refugia el mundo: la casa hecha de barro vivo, de la misma tierra, amasada con sangre y secada al sol.

Para eso vivió, señores, ese hombre Artigas; por eso murió en el silencio de que lo hemos sacado, y que es ahora aclamación; en la soledad de que lo hemos traído, y que ahora es multitud.

Ese es el hombre que creyó en el pueblo americano, cuando el pueblo era misterio; el que lo amó,

y lo respetó en sus atributos esenciales, y lo vió bueno, cuando el pueblo no era amable; el que salió su fiador, cuando el pueblo americano era insolvente; el que cargó con sus deudas, y aún con sus culpas y sus oprobios, cuando el pueblo era indefenso. Todo pecado popular era pecado artiguista en aquel tiempo; todo menosprecio al pueblo, caía sobre la cabeza de ese Artigas, el solitario, el sembrador, sin doblegarla...

Místicos profetizantes llama Emerson a esos hombres que aparecen, de tiempo en tiempo, con un mensaje que revelar en lo interno de los ojos. Artigas fué uno de esos: una especie de místico profetizante; un visionario aparecido en un rincón de la tierra, como casi todos los profetas, ausentes de todas partes menos de sí mismos. Era muy bravo en la acción, no hay duda, fuerte, intrépido; tan despreciador de la vida propia como respetuoso de la ajena; lo que se llama un valiente, un hombre animoso. Pero no fué la fuerza del brazo, ni la del ánimo, lo que le imprimió su carácter diferencial; fué la serenidad y la firmeza, inspiradas en una fe, en una visión clarísima de libertad, que era también humildad y mansedumbre, y amor y templanza heroicos.

Héroe autóctono, primitivo, como los de Homero, como los de Ossian o del Romancero español, brotó espontáneo al influjo de la tierra y del cielo americanos. Que jamás pisó otra tierra, ni respiró otros aires. En su silueta histórica se confunden la

realidad y la leyenda que dan el equilibrio marmóreo, el de la verdad y la belleza, la sola realidad. Mitad centauro americano, y mitad hidalgo español de clara estirpe y buena educación; apacentador a caballo de ganados salvajes y de hombres fieros, como los héroes de la Ilíada, hijos de diosa y domadores de caballos, llevaba desde niño, en el zurrón, la piedra que el pastor israelita recogió en el torrente; caballero de un mandato, un corcel sin patria pasó una vez a su lado, y le ofreció la grupa, para llevarlo a libertar la princesa cautiva, la desconocida, la entrevista...

No se sabe, efectivamente, señores, dónde aprendió Artigas, cuándo se le aparecieron esas palabras que todos vosotros, pues las sabéis de memoria, estáis viendo flotar, como las abejas en torno a un árbol, en torno a su cabeza pensativa.

Recordemos, sin embargo, ese maravilloso fenómeno que nos está revelando ahora la ciencia. Es un pequeño aparato, un oído, o cerebro, o corazón de hierro, con una antena atravesada en el aire. El recoge, de entre las ondas vivas que pasan por el viento, las más afinadas a su propia misteriosa vibración; las recoge y las hace palabra, pensamiento, sustancia musical, fuerza... Eso fué Artigas en aquel tiempo: un foco vibratorio en un rincón del mundo, desconocido, ignorado; una antena atada a un corazón, y tendida a través de América, y más allá. Recogía las vibraciones ajustadas al misterioso estremecimiento de su vida, las

más próximas, las más remotas, a través del tiempo, a través del espacio..... Siente una vez el eco de una voz lejana, en lengua extranjera, que parece de otro mundo; es la del pueblo de Estados Unidos, la del hijo de Wáshington, que dicta su constitución admirable. Y se forman en la voz de Artigas las palabras de aquellas sus *Instrucciones de 1813*, nota ajustada al grande acorde que pasa, sustancia espiritual que se funde en el potente espíritu creador, luz fija que brilla en las tinieblas que invaden los otros espíritus, iluminados sólo de relámpagos. Caducidad de los viejos injustos dominios; emancipación lisa y llana de estas colonias; república; federación o conglomeración de unidades conscientes y soberanas... Todo cuanto hoy existe y existirá. Artigas no lo aprendió; reconoció su visión interna, profunda, en la que pasaba por el viento y lo tocó en el hombro; las vió fundirse en una sola. Fueron sus *Instrucciones* la Declaratoria de Independencia que sigue en el tiempo a la de Wáshington, la primera sin retórica de la América española, la intangible.

Porque antes que la sugestión anónima, la humana, que se analiza, él oía en sí mismo la otra, la divina, la de la naturaleza, que se obedece: la que nos muestra en el pueblo, en la multitud, la fuerza misteriosa de cohesión y de vida, el germen de poder y autoridad que es orden y armonía, y la sola paz; la que nos dice que las constelaciones, aun envueltas en nubes, ven el polo mejor que las estrellas que más brillan, y que, ante la majestad

del pueblo, reflejo de la Sola Majestad, se apagan todas las otras, hijas de soberbia. Eso fué lo que dijo, a los representantes del suyo, en aquella otra frase que también estáis ahora viendo salir de su boca: *"Mi autoridad emana de vosotros, y ella cesa por vuestra presencia soberana."*

Pero otras vibraciones, aun más altas, eran recogidas por aquella antena, dispuesta como ninguna a recibirlas: las palabras del Evangelio; las de caridad y de paz, que condenan la guerra por la guerra, y sólo la santifican y glorifican cuando es justa y defensiva. Y Artigas, sin apearse de su caballo de guerra, formó de esa vibración las palabras inconsútiles que hizo mote de su escudo, y nos legó, como nuestro santo y seña: "CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO."

Son esos los rumores lejanos, los de los principios o las causas, las alas del espíritu...

Hay un rumor, sin embargo, el del hecho heroico, que vibra en esa antena que atraviesa el aire desde el corazón de Artigas, y que resuena en él constante, apremiante, como la lluvia. Es el ruido subterráneo, cósmico, de la grande epopeya americana, que rueda a través del continente. Nadie como él, señores, nadie como él sintió la solidaridad, la fraternidad de los pueblos todos de América, porque nadie amó como él a nuestra madre común la democracia, madre de la forma republicana, que él fué el más tenaz en proclamar; tan tenaz como Wáshington, el inmutable. Es-

tuvo en su visión el ensueño de ser él, con los pueblos del Plata que acaudillaba, quien fuera a libertar el continente entero, la princesa cautiva; en "*arrancar de un solo golpe,*—dice en Abril de 1812,—*la cadena que mantienen los opresores del Perú.*". Es su frase. ¡Y dicha en 1812! Los que saben de historia, saben lo que eso significa.

No realizó su ensueño; estaba reservado a los otros grandes, sus amigos, para diez años después. Pero la clara luz de esa visión nos ha quedado en las palabras que dice al enarbolar en sus barcos corsarios la bandera tricolor, la de la franja diagonal, que es nuestra bandera muerta, pero que es también nuestra bandera, y puede serlo... iba a decir "y debe serlo", de la América futura: "*El pabellón tricolor verá siempre un enemigo en todo aquel que lo sea de cualquier estado americano.*"

Yo os pido que os detengáis en eso. Es la fórmula del panamericanismo, como hoy se le llama, con dudosa propiedad; de esa unión de las Américas en que tanto pensamos, no contraria, por cierto, sino precursora de la familia de las naciones, que es hoy el supremo anhelo de los pueblos desorientados.

Porque Artigas amó con predilección a los pueblos americanos, a los que se acogieron a su bandera en primer término, a los occidentales del Uruguay, a ese pueblo de Buenos Aires, el héroe anónimo que, el 25 de Mayo de 1810, tocó a rebato en la torre de su Cabildo; pero, si él repelió las agresiones del despotismo, odiando al déspota, jamás

odió a pueblo alguno; los amó a todos, sin una sola excepción.

Nos dijo eso también en forma lapidaria; nos dejó su frase, no menos memorable que las otras, y que debemos recordar en sus serenidades: *"Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo, han de ser objeto de nuestro odio."*

El odio al déspota de un pueblo, más que separarlo, lo vincula a la víctima, al mismo pueblo oprimido...

. . . .

Habéis hecho bien, ¡oh pueblos hermanos del universo que habéis venido a acompañarnos hoy! Habéis hecho bien en venir a compartir nuestra alegría y nuestra gloria. Los orientales os agradecemos conmovidos vuestra noble compañía; os la agradecemos envanecidos. Pero habéis hecho bien. En parte alguna podrá hablarse de fraternidad entre los pueblos, con mayor sinceridad que al lado de ese hombre bueno. Lo fué, señores; en sus manos no hallaréis una mancha de sangre, ni una mancha de oro; no veréis en su frente una sola nube de rencor. ¡Hombre bueno! Sus pensamientos, con ser grandes, lo fueron menos que sus virtudes; antes que soldado, fué educador, maestro, padre... Vivió pobre, habiendo sido rico... murió muy pobre... lo enterraron de limosna.

Y es llegado el momento de nuestra gratitud, hermanos en la Patria; llegado el de nuestra esperanza. Artigas amó a los pueblos, a todos los

pueblos; a los americanos, en los que él veía una sola familia, con predilección. Pero entre todos ellos, entre todos los del mundo, nos amó a nosotros; nos amó con pasión, y... ¿me permitiréis la palabra? nos quiso con ternura. ¡La patria de los orientales, el patrimonio de los orientales, el genio, el honor de los orientales!... Eso decía...

¡Los orientales! ¿Y qué era eso entonces, señores, qué era eso, los orientales, el pueblo oriental? Nada material; un espíritu, lo más próximo a *una causa*... nada: sesenta o setenta mil habitadores de una tierra casi virgen, de una tierra suplicante... *la vaquería;* un puñado de indigentes, de fantasmas, de hombres futuros y de mujeres, que iba tras él a la luz de las estrellas; un grupo de desgraciados sin amparo, llenos de lodo y de sangre, que, con el arca de la alianza a cuestas, va marcando su paso por el desierto, con las cruces bajo las cuales quedan los hombres, las mujeres y los niños que no pueden seguir, los rezagados para siempre; un puñado de soldados desnudos, destinados a la muerte, y que se juzgan inmortales, sin embargo, porque Artigas va con ellos.

¡Era en eso en lo que Artigas tenía puesta su fe, toda su fe, todo su amor: el pueblo oriental, el pueblo escogido.

¡Qué sería si os viera hoy a vosotros, oh hermanos en la Patria, aquí, al pie de su caballo, siguiéndolo todavía en el éxodo, en busca de la tierra prometida: la libertad y el amor en la Democracia y por la Democracia! La tierra prometida es siempre aquella en que no se está...

Yo veo en este momento, señores, a ese pueblo oriental de ayer, a este pueblo oriental de hoy, proyectados en el porvenir: es el pueblo oriental de mañana. Son treinta o cuarenta millones de uruguayos que, en este mismo territorio, con menos densidad que Bélgica, con mucho menos, dentro de un siglo, cuando un hombre sea tan fuerte como un millón de hombres, vendrán aquí a aclamar al profeta, a aclamaros a vosotros, que habéis creído en él; a creer con él y con vosotros, en la Patria inmortal.

¡Profetiza, hijo del hombre, dice Jehová, al vidente inspirado de Israel!

Yo los veo, señores, los veo reflejados en esos ojos de Artigas, azules, y grandes y serenos como el mar, celebrando este día, este 28 de febrero, ya dos veces memorable. El los vió y los ve mejor que nosotros mismos. Miremos en esos ojos... Es esto lo más intenso que tengo que deciros, como si la mano de Jehová hubiera estado sobre mí. Sólo para esto es bueno que haya interrumpido el silencio en esta hora: para recimentar, en lo más profundo de la tierra, vuestra fe. Creed en la patria que ese hombre nos ha dejado en patrimonio, ¡oh mis hermanos coherederos! No la hay más grande en el universo. "Síganme los que quieran, en la seguridad de que yo jamás cederé." Eso dijo Artigas, y está diciendo esa estatua...

Yo venero a mis hermanos del pasado, a los del éxodo, a los de los combates perdidos, a los que murieron por la patria; yo os saludo a vosotros,

¡oh hermanos del presente! que habéis cumplido con vuestro deber, y que estáis dispuestos a seguir al Patriarca, como lo siguieron vuestros padres; yo os cito a vosotros, ¡oh hermanos del porvenir!, os cito a que, al pie de este monumento, os congreguéis en los futuros siglos, a conservar y venerar el patrimonio indivisible, inconsútil, que os trasmitimos. Nosotros estaremos con vosotros, desde la luz de los planetas; nosotros y nuestro viejo Artigas; nosotros, y esos que lo siguen en el Exodo, vivos o muertos.

Se me ha llamado candoroso... Bello predicado. Lo soy, y lo he sido. Soy el viejo rapsoda que recitaba al pueblo griego los poemas homéricos mediante el salario de un cordero. La gloria es la tradición, la permanencia del yo nacional a través del tiempo. La tradición es la conversación de un viejo con un niño a la sombra de un árbol... Estamos a la del que tiene cien años; estamos a la sombra. Sigo mi dios interior... entusiasmo... *en theos*. Todos lo tenéis en vuestras entrañas, señores, todos, el dios desconocido. Sólo Dios lo llena todo, y lo compenetra, y lo sostiene. Yo no os diría la verdad, toda mi verdad, que os debo en esta hora de sol, si no os dijera que es eso lo que está vibrando en mi alma, en mi silencio, en las lejanías a que os he conducido; en las infinitas lejanías: mi acción de gracias a Dios, porque me ha permitido ver llegar este día, que he esperado la vida entera; toda ella, lo mejor de mis horas y de mi

sangre está fundido en ese bronce sacro, y quisiera ahora resonar, como bronce, en las palabras de mi boca.

Los cielos cantan. Canta la naturaleza, y suena el canto en las alturas, entre las viejas constelaciones navegantes: Gloria a Dios en ellas, en todas las alturas: en el cielo, en la tierra, en los abismos. Y en ese monumento en que, porque resplandece su presencia, su poder y su designio, veremos siempre el paladion y prudente fortaleza de la patria que aclamamos; en ese que dejamos ahí, como lo quiso Homero: sobre el alto promontorio, en la cumbre de la colina. Será visto desde lejos, desde la tierra y el mar, por los hombres que hoy viven y por los hombres futuros.

Y en él lo seremos nosotros, el pueblo del Uruguay, visto, al fin, por sus iguales, tal cual lo vió en sus visiones el constructor heroico: *contento,* es decir, *contenido;* contento con su generoso patrimonio de tierra y sol; con ser el depositario, para sí y para todos cuantos lo reclamen como propio, de ese mote del viejo escudo, que es dignidad y justicia, serenidad, amor... amor, sobre todo, la sola fuerza creadora y conservadora de los orbes y de los pueblos, la sola reguladora del ritmo del universo y sus divinas armonías: CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO.

MAXIMINO GARCIA

EDICIONES DE LA CASA Y EN DEPOSITO

1810

Por Yamandú Rodríguez.

Poema en verso, dramático y en tres actos, en el que se desarrolla un emocionante episodio de la lucha por la independencia en el Río de la Plata. $ 1.20.

RAÍZ SALVAJE

Por Juana de Ibarbourou.

Bajo aquel título, la inspirada poetisa uruguaya ha agrupado su última obra poética inédita, que es, como suya, de gran valor lírico y de encantadora originalidad. $ 1.00.

EL NUNCA USADO MAR

Por Emilio Oribe.

Colección de poemas, dividido en cuatro partes: I **El Libro de Maruja**, versos del amor puro y sereno. II **La Gracia del Aire y del Mar**, visiones del océano y de las playas y ciudades, con sus símbolos celestes y el afán civilizador. III **Oda heroica al viento de las Pampas**, extenso canto en el que se ensaya una forma original, no usada en castellano, con la cual se consigue darle al verso la armonía bárbara del gran viento del sur. IV **El niño desnudo**, versos íntimos, meditaciones del alma adentro. En síntesis, "El nunca usado mar" no es otra cosa que el espíritu del poeta cantando mientras se halla difundido en el mar. $ 1.00.

ELZEAR SANTIAGO GIUFFRA. Geografía del Uruguay. E
sayo de Descripción Topográfica y vocabulario de la Nomenclatura Nacional.

Pleito Pocitos. Su historia y el Dictamen profesional que a pedido de los propietarios demandados, produjo el Agrimensor **FRANCISCO J. ROS.**

LUISA LUISI. Ideas sobre Educación.

HOMENAJE A JOSÉ ENRIQUE RODÓ

La repatriación de los restos de este príncipe de las letras dió motivo a un homenaje en el que intervino lo más representativo de la intelectualidad americana: profesores universitarios, filósofos, literatos y críticos, contribuyeron con su saber, estudiando en sus diversas fases la personalidad de este eminente artista, maestro de la juventud americana. Estos trabajos forman este volumen, que contiene 224 páginas, con un retrato y pensamientos de Rodó, cuyo precio es de $ 1.20.

LOS NUEVOS FUNDAMENTOS

Por Emilio Frugoni.

En esta obra se han recogido los discursos pronunciados por Frugoni, en la Asamblea Constituyente que reformó la Constitución uruguaya de 1830. Estos discursos no tienen solamente un valor de circunstancia y de oratoria inspirada, sino que también constituyen profundos estudios de varios tópicos fundamentales en la ciencia social. $ 0.60.

PROCESO HISTÓRICO DEL URUGUAY

Por A. Zum Felde.

Es esta obra un estudio de la civilización uruguaya, sobre todo en su aspecto político, hecho con gran riqueza de datos y agudo sentido de la crítica histórica. $ 1.50.

CRÍTICA DE LA LITERATURA URUGUAYA

Por A. Zum Felde.

Los autores representativos de la evolución literaria del país, están estudiados separadamente en esta obra, con la extensión que exige cada uno, formando un cuadro sintético de la historia de la literatura uruguaya. $ 2.00.

G. V. MARIÑO,